

**Emilia Pardo Bazán: el periodismo, III Simposio.** Edición de José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín y Ermitas Penas Varela. A Coruña, Fundación Caixa Galicia-Real Academia Galega, 2007, 383 págs.

Siguiendo a los dos primeros encuentros, de 2004 y 2005, celebrados en la Casa-Museo Emilia Pardo Bazán en La Coruña y dedicados respectivamente a «E. Pardo Bazán: Estado de la cuestión» el primero, y el segundo a «E. Pardo Bazán: Los cuentos», tuvo lugar hace un año el III Simposio sobre «Emilia Pardo Bazán: el periodismo». La elección del tema que reunió en la residencia de la ciudad natal de la Condesa a un buen número de estudiosos e investigadores ya es indicio de la importancia que el mismo tiene en su vida y en su obra. Eugenio d'Ors había dicho de la coruñesa que «en lo íntimo y esencial de su mente y de su producción no fue novelista. Fue periodista. Periodista, la más distinguida, en el más excelente sentido del término». Las actas de ese Simposio, (quince textos, de extensión variada, entre ponencias y comunicaciones), que abarcan desde múltiples perspectivas el tema propuesto, se encargan de comprobar científicamente el acierto de esa definición.

Con excepción de Marcos Valcárcel, Salvador García Castañeda e Yvan Lissorgues, cuyas contribuciones sólo en parte tocan la obra de doña Emilia, ofreciendo términos de comparación con otros escritores sus coetáneos, («*A prensa periódica en Galicia nos tempos da Pardo Bazán*», pp.91-130; «*El periodismo según Pereda*», pp.261-276; «*Clarín periodista: lo épico y lo lírico en una escritura fragmentaria*», pp.277-296) los restantes investigadores centran sus trabajos sobre temas relacionados directamente con la labor de la escritora gallega, quien emerge con toda la potencia de su personalidad y variedad de intereses culturales y humanos. Si bien en los últimos tiempos ha ido creciendo la atención hacia la vertiente de cronista de la multifacética intelectual, creo que es la primera vez que de forma sistemática se somete a análisis amplio y profundizado el tema de sus colaboraciones en la prensa periódica.

Podríamos agrupar los textos reunidos según los siguientes núcleos de interés: los que reconstruyen las colaboraciones, dispersas y a veces ignoradas, en periódicos y revistas de la época, dentro y fuera de España; los que se interrogan sobre las relaciones entre literatura y periodismo; los que se proponen aclarar los términos de algunas ya conocidas cuestiones gracias a la aportación de datos nuevos y, finalmente, los que centran su atención sobre aspectos peculiares.

Cecilio Alonso, en su amplio y detallado estudio, («*Literatura y prensa periódica en España en tiempos de Pardo Bazán 1866-1921*» pp. 23-74) abarca más de medio siglo de colaboraciones de escritores en la prensa española, deteniéndose en los suplementos literarios más significativos y ofreciendo un apéndice de los textos, de y sobre Emilia Pardo Bazán, aparecidos en los Lunes de El Imparcial (1883-1924). Según Eduardo Ruiz-Ocaña Dueñas, («*El canon periodístico de Emilia Pardo Bazán*», pp.91-130) la «desenfrenada carrera en la prensa» de doña Emilia ha producido más de 2500 artículos en un centenar de publicaciones periódicas. La calidad de su obra la sitúa entre las tres mejores plumas del periodismo español decimonónico, junto con Larra y Clarín. Destaca la gran habilidad de la aristócrata para comunicar con sus lectores (hoy en día tendría un blog en Internet) y la define una columnista *ante-litteram* ya que se sirve de los periódicos para tratar de influir en la opinión de sus coetáneos, marcando de esta manera el paso del periodismo dieciochesco al periodismo más moderno del siglo XX. José María Paz Gago («*Discurso literario y discurso periodístico en Emilia Pardo Bazán*», pp.193-202) cree que la aportación más valiosa de la Condesa hay que buscarla en la

crónica, género que practicó con maestría y que contribuyó a consolidar. Se detiene en el análisis de unas «*instantáneas*» (crónicas postales) subrayando el eclecticismo de éstas y concluyendo que «si el género periodístico que se estaba configurando en aquellos momentos finiseculares, la crónica, se consolidará como narración directa de un hecho con elementos valorativos y subjetivos aportados por la opinión del autor, doña Emilia contribuyó sin duda, y con brillantez, a su desarrollo».

Xosé Ramón Barreiro Fernández y Patricia Carballal Miñán («*Emilia Pardo Bazán y el debate entre La Fe y El Siglo Futuro*», pp.131-160) en su estudio aportan datos puntuales sobre las tensiones y los conflictos que caracterizaban en el decenio de los ochenta al partido carlista, examinando el papel de los dos mayores periódicos de ese bando y sus relaciones con el Duque de Madrid. Sus argumentos llevan a la superación definitiva del *locus communis* biográfico-crítico que achacaba a la escritora coruñesa la responsabilidad de la escisión del partido carlista a raíz de la publicación en *La Fe* de sus crónicas de viaje por Italia que relataban la visita a Don Carlos en Venecia.

En la directriz de la crítica pardobazanista que sigue rastreando las pesquisas de las colaboraciones de la Condesa en la prensa («lo cierto es que aún nos falta un registro exhaustivo de esa producción total, de alcance cuantitativamente incierto todavía hoy dadas las insuficientes calas en la prensa de provincias y de Ultramar», escribe Cristina Patiño Eirín) se sitúan las contribuciones de María Sotelo Vázquez y de Cristina Patiño. Respectivamente en «*Las publicaciones de Emilia Pardo Bazán en El Heraldo Gallego. La forja de su personalidad literaria*» (pp.203-232) y «*Un rosal allí Deixis y periodismo: Emilia Pardo Bazán y el Diario de la Marina*» (pp.161-192) las dos estudiosas ofrecen nuevos elementos para la composición de ese *puzle* abrumador formado por las colaboraciones de doña Emilia en los periódicos. El semanario orensano acoge los trabajos primerizos de la joven escritora, 44 entregas entre 1875 y 1880, distribuidos entre composiciones poéticas, traducciones, estudios literarios, artículos, cuadros de costumbres, crónicas, reportajes y reseñas cuyo rescate ayuda a comprender la historia del periodismo y la personalidad literaria de la escritora. Ulteriores datos, en variadas direcciones, todas de gran interés, los ofrecen Ángeles Ezama Gil («*Emilia Pardo Bazán revistera de salones: datos para una historia de la crónica de sociedades*», pp.233-260), Silvia Carballido Reboredo («*Emilia Pardo Bazán en La Voz de Galicia*», pp.297-306), Mar Novo Díaz («*Emilia Pardo Bazán en las bemerotecas de Lugo*», pp.307-340), Noemi Carrasco («*Emilia Pardo Bazán periodista y viajera. Las crónicas de la Exposición Universal 1889*», pp.341-348) y Rocío Charques Gámez («*El descubrimiento de América en el Nuevo Teatro Crítico de Emilia Pardo Bazán*», pp 349-366).

En fin, con la puntualidad que les es propia y con el esmero que han demostrado hasta hoy en la publicación de las Actas de los simposios que van celebrándose con ritmo anual, los editores ponen al alcance de estudiosos, investigadores, críticos, profesores y público en general, los resultados de unas jornadas de reflexión sobre un aspecto de la producción pardobazaniana imprescindible para mejor comprender la personalidad literaria y la obra de la escritora. Al mismo tiempo, impulsan a seguir estudiando las demás caras de doña Emilia sugiriendo nuevas pistas para la investigación.

TONINA PABA  
UNIVERSITÀ DI CAGLIARI

**Emilia Pardo Bazán. *Morriña (Historia amorosa)*. Edición de Ermitas Penas Varela, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, nº 601, 2007, 243 págs.**

Si la obra novelística de Emilia Pardo Bazán ocupa un lugar señero en la narrativa decimonónica universal, en un ámbito en el que las cumbres descuellan prominentes, no es porque sus *Dos historias amorosas*, díptico que comprende *Insolación* (editada por Ermitas Penas en esta misma colección, nº 520, en 2001) y *Morriña*, recién aparecida, la hayan aupado de manera preferente. Y no lo es porque ambas novelas de 1889 respondieron a un afán distinto del que promovió la escritura de otras ya canónicas como *Los Pazos de Ulloa* o *La Madre Naturaleza*. Alentaba en éstas un propósito mucho más comprehensivo y totalizador, capaz de abarcar un mundo completo, mientras que en aquéllas el designio se quería *estudio episódico*, restringido al examen concentrado –no por ello menos ambicioso– de ciertos especímenes humanos sometidos a vaivenes sentimentales y amorosos en los que se decidía una peculiar manifestación de la entrada en la edad adulta: Asís Taboada accede a cierta madurez tras los avatares y trasiegos del encendimiento *solar* y Rogelio Pardiñas penetra por su parte en un ciclo vital en el que deja atrás la edad de la inocencia. Frente a la marquesa sandunguera dispuesta a vivir feliz, el joven ya avezado en engaños; frente al aprendiz dionisiaco que desemboca en una pauta que se presume halagüeña, la vida mezquina de un burgués que se adentra en el amor sin experimentar su sustancia afectiva más honda.

Aunque no hubiera firmado estas dos novelitas, la obra narrativa de Pardo Bazán hubiera hecho de su creadora un nombre ineludible en la historia de la novela del siglo XIX, basten los dos títulos aducidos, pero al lector se le hurtarían esas otras *obrillas* que modeló con el primor de una miniaturista y la sagacidad de una observadora ducha en percibir los más leves movimientos del ánimo, las incertidumbres del deseo y las supuestas seguridades del orden. Sin duda la novela que cuenta siete días de la marquesa viuda de Andrade nos persuade de ello, y la crítica bien que lo ha señalado, pero no lo hace menos su compañera y definitivo –por dialéctico– complemento, *Morriña*.

Hasta ahora no disponíamos de una cabal edición crítica de esta novelita ambientada en el Madrid mesocrático más emparentable con el antonomástico de Galdós. Disponer el texto conforme a criterios filológicamente solventes, como lo hace Ermitas Penas Varela, cotejando las cuatro salidas de la novela (dos en 1889, una tercera en 1895 y la cuarta y última en vida de la autora, probablemente en 1896, en el tomo VII de *Obras completas*, y conjuntamente con *Insolación*) es todo un logro que permite comprobar las sinuosidades de la escritura, las vacilaciones y quiebros de la pluma. Dicho cotejo posibilita fijar el texto fundamentalmente a partir de la segunda, la más satisfactoria para la editora y, frente a la cuarta y a lo que se pudiera pensar, la más auténticamente pardobazanianana. A ese cotejo se añade el de las dieciocho cuartillas que el archivo de la autora coruñesa atesora como único rastro ecdótico de los desvelos de la escritura de la novelita de *Esclavitud*.

La edición de Cátedra provee al lector de una excelente Introducción a cargo de Ermitas Penas Varela. En ella se desvelan –hasta donde los documentos muchas veces epistolares lo permiten– los pormenores de la preparación y escritura de *Morriña* y los de su publicación, con magníficos grabados de Cabrinety, en octubre de 1889. Sólo había transcurrido el verano desde que en la primavera inmediata había hecho gemir las prensas *Insolación*. Es ostensible la frenética actividad literaria de la escritora gallega en una década en

la cual se asienta su fama de novelista al tiempo que crece su notoriedad crítica, coincidiendo con el cenit de los pálpitos naturalistas y con su diástole subsiguiente.

La «Lectura crítica» a que es invitado el afortunado lector de esta edición va desglosando el diseño de la novelita (veinticuatro capítulos, el último es también su Epílogo) y la organización de su materia diegética en varias secuencias determinadas por el avance de la acción: la primera, del capítulo I al IX, muy descriptiva y costumbrista ya que pinta el escenario doméstico en que transcurre casi toda la novela, el entresuelo de la Calle Ancha de San Bernardo habitado por la viuda (otra viuda, bien es cierto que hartamente distinta de la protagonista de *Insolación*) de Pardiñas y su único hijo, Rogelio, además de por el servicio. La celebración de la tertulia de las cinco en dicha casa congrega a una serie de *curiales* cuyo retrato es ejemplo de la pericia en el arte de pintar por fuera y por dentro de la autora. Ahí llegará como doncella Esclavitud Lamas, una joven rubia y de ojos verdes que padece el mal de la añoranza de su tierra y desea dejar la casa en la que sirve para buscar un hogar que le permita al menos recordarla en las frases o entonaciones de gallegos de nación. Después de un leve rechazo por parte de Rogelio, la muchacha es admitida también por el joven imberbe estudiante de Derecho. Varios capítulos de transición detallan el paulatino proceso de adaptación de la doncella de oscuro origen a su nuevo trabajo y a sus nuevos amos y cómo se va produciendo el despertar del deseo sexual en Rogelio (p.16). El nudo ocupa los capítulos XIII al XXII y se inicia con la caída por las escaleras de doña Aurora Pardiñas. Su posterior cura facilitará la intimidad cada vez mayor de Rogelio y Esclavitud hasta que en el capítulo XVIII estalle el conflicto cuando el maldiciente Candás, uno de los asiduos tertulianos, se atreva a insinuarle a doña Aurora que los dos jóvenes se entienden. El desenlace empezará a sobrevenir en el capítulo XXIII, que cuenta la pasiva entrega de la muchacha (p. 17) y tendrá su colofón trágico en el Epílogo, quince días después.

Ermitas Penas Varela aduce el testimonio de la crítica de la época personificada en las figuras de Luis Alfonso, Leopoldo Alas, Valera y R.(afael) A.(tamira) y se detiene a desmenuzar el alcance de sus juicios críticos, de sus reparos a la hora de ponderar el trazado de los personajes, el argumento o el, para algunos, desenfadado final. Muy certero resulta el análisis y seguimiento del tratamiento temporal a que somete la editora la novela, trabajo éste que ningún crítico coetáneo afrontó ni tal vez hubiera podido afrontar como lo hace Ermitas Penas en las densas páginas siguientes relativas a la estructura y concentradas, de manera muy justificada, en el recuento de los tiempos de ocho meses –lentos o sincopados según las necesidades compositivas y las estrategias narrativas– y de los espacios, así como en la indagación en la tríada de personajes principales de *Morriña*, en su instancia narrativa (bien distinta de la de la otra novela de 1889 –p. 24– aunque no creo que totalmente carente de rasgos irónicos).

El epígrafe «Interpretación» discute la idea de ver en esta novelita de escueto argumento un ejercicio ligero e insustancial, adjetivos que sí convienen a su protagonista masculino. Antes al contrario, queda patente el alcance de su ahondamiento psicológico en la figura materna de doña Aurora, más compleja de lo que revela una mera etiqueta de madre autoritaria y castradora, en el hijo, un Rogelio faldero que empieza a despuntar en «la conquista de su identidad masculina» (p. 48) y lo hace sin gloria, y en la elusiva, melancólica y aparentemente ausente –y tan rosaliana– Esclavitud, la Suriña de los requiebros del estudiante, tan protagonista en su sufrimiento –la novela lleva el nombre de su padecer lejos

de su tierra y de su mar- como los dos anteriores. A todos los vemos y los sentimos moverse, actuar, decir, pero también callar y barruntar.

Recuperemos *Morriña*. No hay obras menores en una trayectoria narrativa como la de Emilia Pardo Bazán. Puede darse el caso de que descubramos su verdadera magnitud en novelitas como ésta en las que el mundo exterior nos va adentrando en otros insospechados. Esta edición de Ermitas Penas Varela nos ayuda a transitar por sus veredas interiores –con un espléndido aparato de notas- y a asomarnos a los procesos cognitivos que afectan a veces desoladoramente al humano sentir.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN  
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA